

TE LLEVARÉ AL DESIERTO, Y HABLARÉ A TU CORAZÓN.

Introducción. La cuaresma comienza mostrándonos a Jesús, en el desierto, llevado por el Espíritu Santo, y allí experimenta con fuerza la tentación. Es justo antes de comenzar su vida pública y su misión. Es como si Jesús tuviera que aclarar las verdaderas motivaciones y la forma concreta de su predicación y de su oferta de salvación a los hombres. No ser el Mesías que se sitúa por encima de los demás, que usa la fuerza, el poder, la búsqueda de éxito, o la grandeza de la admiración de los demás. El desierto le recuerda su vocación de servicio, de humildad, de pobreza, como el método elegido para revelar con mayor fidelidad lo que Dios le pide. En el desierto se aclara y se ilumina la dependencia amorosa que Jesús tiene respecto al Padre, y es lo que hace que responda con firmeza frente a las mentiras del maligno.

Nosotros también tenemos que ser llevados al desierto, para que, de nuevo, decidamos y actualicemos por qué caminos queremos desplegar nuestra vida, por caminos de comodidad, de seguridad, de egoísmo, o por el contrario dispongamos lo que somos y tenemos al servicio del Reino de Dios. El desierto es el lugar ideal para que escuchemos los gemidos de nuestro corazón, que anhela, que muestra de qué tiene sed, de qué tiene hambre. En el desierto nos situamos en nuestra verdad, porque somos invitados a mirar de cara nuestra vida, sin disimulos, sin postergar lo que Dios espera que vivamos. No hay nada que nos pueda distraer, no hay nada con lo que nos podamos evadir. El desierto da mucho miedo porque nos muestra con claridad nuestra vulnerabilidad, y eso asusta. En nuestros días cotidianos tenemos mil maneras de disimular nuestra fragilidad, buscando vivir en un estado de distracción permanente, ocupados hasta el extremo, activistas con agendas repletas de cosas que hacer que ocultan el miedo al silencio. Desde el móvil que nos acapara muchos de los minutos de nuestra vida, internet, la tele, la nevera, o la confortable cama en la que nos vamos a dormir cuando nos sentimos cansados o agobiados. Pero disimular lo que nos preocupa supone una dolorosa forma de perder la vida.

Comparándolo con el mundo de las adicciones, cuando la vida nos lleva al desierto, es cuando con fuerza experimentamos el síndrome de abstinencia, «pasamos el mono», se pone en evidencia a qué estamos apegados, y de qué somos dependientes. Cuando no hay nada más, y si somos sinceros, se pone en evidencia lo que necesitamos para vivir. La cuota de protagonismo, de aplausos, se pone en evidencia qué es lo que añoramos a nuestro alrededor. Lo que de manera más o menos sincera y consciente le pedimos a la gente que nos rodea. Lo que llena nuestras quejas y nuestras reivindicaciones, es lo que pensamos que necesitamos para ser más felices. Y en medio de esas voces podemos reconocer lo que Dios nos quiere regalar para que nuestra vida sea dichosa. Aquello que más pedimos y qué más anhelamos en justo lo que Dios nos quiere ofrecer.

Lo que Dios nos dice. ***“Entonces Jesús, movido por el Espíritu, se retiró al desierto para ser tentado por el Diablo. Guardó un ayuno de cuarenta días con sus noches y al final sintió hambre. Se acercó el Tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Él contestó: Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Luego el Diablo se lo llevó a la Ciudad Santa, lo colocó en el alero del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito: Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti; te llevarán en sus palmas para que tu pie no tropiece en la piedra. Jesús respondió: También está escrito: No pondrás a prueba al Señor, tu Dios. De nuevo se lo llevó el Diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo en su esplendor, y le dijo: Todo esto te lo daré si postrado me rindes homenaje. Entonces Jesús le replicó: ¡Aléjate, Satanás! Que está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, a él sólo darás culto. Al punto lo dejó el Diablo y unos ángeles vinieron a servirle.” Mt 4, 1-11.***

Jesús experimenta las mismas hambres que nosotros, pero Él no las disimula, las enfrenta, las mira de cara, y las ilumina con la palabra que Dios le dirige. No podemos llenar nuestras vidas de sucedáneos, de «chuches y golosinas», cuando lo que de verdad nos alimenta es comida de verdad. Todas las ofertas de nuestra sociedad buscan conectar con nosotros con la promesa de felicidad sin límites, de vida satisfecha, fácil, cómoda, pero la experiencia nos hace descubrir la falsedad de esas propuestas. No se calma nuestro corazón por coche que conduzcamos, o por los aplausos que recibimos, porque eso es tan efímero que cambia en cualquier momento. Eso es edificar sobre arena sabiendo lo inestable que es.

“¡Atención, sedientos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?, ¿y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oído, venid a mí, escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David”. Is 55,1-3.

El desierto nos recuerda que tenemos sed, y eso no es malo. Claro que desear una vida feliz es lícito, claro que querernos sentir amados es bueno, el gran problema es confundir una pesadilla con un sueño, o pretender calmar la sed con agua de charco. El evangelio nos indica que podemos beber de un agua viva que nos llena, que nos satisface.

“Le contestó Jesús: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, pues el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna. Le dice la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed y no tenga que venir acá a sacarla.” Jn 4,13-15.

Cómo podemos vivirlo. La actitud de la samaritana nos puede ayudar en esta cuaresma. No rehuir de nuestra sed, de nuestra hambre, no disimular las aspiraciones de nuestro corazón, pero pidiendo al Dios de la vida que nos enseñe a elegir la vida, no lo que nos mata, a elegir el amor, no lo que nos daña y nos esclaviza.